

toria de los pueblos occidentales en alcanzar este grado de melancolía y de espiritualismo! Se dirá con razón, y el mismo Dozy lo ha dicho, que Aben Hazam, español de raza pura, *muladí* ó renegado, era una excepción en el modo de sentir del pueblo cuya religión había adoptado; pero aun siendo esto verdad, algo había de valer y alguna consideración merece una cultura en que tales excepciones eran posibles.

Algunos orientalistas han negado rotundamente que los musulmanes de España conocieran otro género de poesía que la culta, artística ó erudita, de la cual ciertamente nada pasó, como queda dicho, á las lenguas vulgares de la Península, exceptuando si acaso algún fragmento contenido en los libros históricos; v. gr.: la elegía del moro de Valencia que figura en el texto de la *Crónica general*, y quizá la elegía de Abul-Beka, en la cual se ha querido notar cierta semejanza con las coplas de Jorge Manrique. Pero investigaciones posteriores parece que han comprobado la existencia de ciertos géneros de poesía popular ó popularizada, como el *zaschal* y la *muvaschaja*, y la existencia también de cantores ambulantes y de juglaresas que penetraban en los reinos cristianos y que habiendo influido, como notoriamente influyeron, en la música y en la danza, también es de suponer que algún cantarillo debieron de transmitirnos. El Archipreste de Hita es en esto autoridad muy abonada. El nos declara los instrumentos que convienen ó no convienen á los cantares de arábigo, curiosísima página de arqueología musical.

Arábigo non quiere la vihuela de arco,
Sinfonía, guitarra non son de aqueste marco,
Cítola, odrecillo, non aman *caguil hallaco*,
Mas aman la taberna, e sotar con bellaco.

Albogues, e mandurria, caramillo e zamponna
Non se pagan de arábigo quanto dellos Bolonna.

El mismo Archipreste confiesa haber hecho muchas cantigas de danza é troteras para judtas et moras, et

para entendederas (es decir, para mujeres que curaban con ensalmos), y de su no vulgar conocimiento de la lengua arábigo dan testimonio las palabras que con singular efecto cómico pone en boca de una mora, á quien requirió inútilmente de amores por mediación de Trotaconventos:

Dixo Trotaconventos á la mora por mí:

Ya amiga, ya amiga, cuánto há que non vos ví?

Non es quien ver vos pueda; cómo sodes así?

Salúdavos amor nuevo; dixo la mora: *ysnedri*.

Fija, mucho vos saluda uno que es de Alcalá,

Enviavos una cidra con aqueste albalá,

El Criador es con vusco, que desto tal mucho há,

Tomaldo, fija sennora; dixo la mora: *le alá*.

Fija, si el Criador vos dé pas con salud,

Que non gelo desdennedes, pues que mas traer non pud,

Aducho bueno vos adugo, fabladme a laud,

Non vaya de vos tan muda; dixo la mora: *asaut*.

Desque vido la vieja, que non recabda y,

Dis: quanto vos he dicho bien tanto me perdi,

Pues que al non me desides, quiérome ir de aquí,

Cabeceó la mora, díxole: *acomy, acomy*.

Ni era el Archipreste el único de nuestros ingenios del siglo XIV que estuviere familiarizado con el árabe vulgar, ya que no con el literario. Aquel egregio príncipe y admirable moralista práctico que con él compare la mayor gloria literaria de dicho periodo, D. Juan Manuel, en suma, no sólo tomó de los libros de cuentos orientales traídos antes de su tiempo al latín ó al castellano gran número de los apólogos de su *Conde Lucanor*, sino que insertó en él algunas anécdotas de inmediata procedencia arábigo, cuyas fuentes podemos determinar todavía, aun cuando no las indicasen ciertos arabismos en ellas contenidos. Tal origen reconocen sin duda los cuentos relativos á los caprichos de la reina Romaiquía y al *añadimiento* de aquel rey moro que perfeccionó el albogón.

A fines del mismo siglo XIV floreció en Castilla un trovador de aventurera y azarosa vida, «el qual por sus pecados y mala ventura hubo de casarse con una jugla-

resa mora, porque cuidó que había gran tesoro, empero luego falló que non tenía nada». Este rasgo de costumbres consignado en las rúbricas del *Cancionero de Baena* al frente de las poesías de Garci Ferrandes de Gerena (que así se llamaba este pecador, ermitaño después, luego renegado, y, finalmente, arrepentido) es un nuevo y fehaciente dato que confirma la existencia de clases poéticas populares entre los árabes, y sus íntimas y familiares relaciones con los poetas cristianos de vida airada, á lo menos en el siglo XIV, época de gran confusión moral y política. A promover este contacto entre ambas razas contribuyó sin duda la existencia de los vasallos *mudejares*, es decir, de aquellos moros que mediante ciertos pactos, y conservando su religión, y costumbres, y en parte su legislación, moraban en las ciudades castellanas, en condición social muy análoga á la que en los reinos mahometanos habían tenido los muzárabes. De la singular acción que en nuestro arte arquitectónico ejercieron los alarifes *mudejares*, creando quizá el único género de construcción propiamente español, se ha escrito bastante. De su literatura sabemos mucho menos, pero no hay duda que la tuvieron (como más adelante los moriscos) y que en ella emplearon la lengua castellana con preferencia á la suya nativa, si bien escribiéndola con las letras de su propio alfabeto, tenido siempre por cosa venerable y sagrada entre los pueblos semíticos. Y es muy de notar que no se limitó á la lengua el influjo de la literatura cristiana en la suya, sino que trascendió al metro y á los procedimientos de estilo, como lo prueba el curiosísimo *Poema de Jusuf* (quizá no tan antiguo como se supone, porque la literatura castellana de *mudejares*, moriscos y judíos ha mostrado siempre carácter muy arcaico), poema en que una leyenda coránica está referida en tetrástrofos monorimos alejandrinos, conforme á las leyes del *mester de clerecía* usado por Berceo para celebrar los milagros de la Virgen y los triunfos de los confesores. Otro pœ-

ta *mudejar*, Mahomat el Xartosi de Guadalajara, aparece en el *Cancionero de Baena* tomando parte, sin escrúpulo ni repugnancia de nadie, en la grave discusión teológica sobre precitos y predestinados: rasgo de increíble tolerancia, que recuerda el de aquel Maestre de Calatrava D. Luis Núñez de Guzmán, encargando simultáneamente la traducción de la Biblia hebrea al judío Moseh Arragel y á un fraile dominico.

Pero por lo mismo que á tal grado de intimidad y buena armonía habían llegado *mudejares* y cristianos, resulta evidente que los *mudejares* iban perdiendo á toda prisa su lengua y su peculiar literatura y tendían á confundirse cada vez más, como al fin se confundieron, con la población española. Lo verosímil es que no conocieran ni entendieran la antigua poesía árabe erudita, puesto que nada de ella comunicaron á los castellanos. Ni en las *juglaresas* moras (que probablemente serían *mudejares* también) hemos de suponer más cultura que la que permitía su condición ínfima y abatida, siquiera de alguna de ellas pudiera creerse que con buenas ó malas artes había reunido gran tesoro. Ni la noticia del árabe que pudieron lograr en la frontera de Granada D. Juan Manuel, ó en sus tratos picarescos y amatorios el maleante y goliardesco Archipreste de Hita, es cosa que imprima carácter en sus obras, especialmente en las del segundo, y aunque los hiciera dueños del lenguaje de la conversación, nunca pudo llegar á tanto que les diera la clave de todas las delicadezas gramaticales y retóricas encerradas en los obscurísimos textos líricos. En otro caso, sus obras darían testimonio de ello. Creemos firmemente que en este punto la incomunicación fué total, y sólo admitimos, dentro de ciertos límites, una influencia, por decirlo así, general y *difusa* de la poesía y de la música popular de los árabes en aquellos géneros, no épicos, sino puramente líricos, en que la musa de nuestro pueblo vuela en las alas del canto y de la danza. Determinar el grado y modo de esta influencia es hoy por hoy im-

posible, puesto que uno de los términos de la comparación nos falta. De la música de los árabes sólo conocemos los nombres de algunos instrumentos: de su poesía popular apenas se ha publicado cosa alguna, y sabe Dios cómo habrán sido entendidos esos *zaschales* y esas *muvaschajas*. Quizá el *Diván*, todavía inédito, del poeta muladí Aben Kuzmán ó Guzmán, que según parece contiene trozos de índole popular y hasta entreverados de palabras latinas ó castellanias, nos dé la solución de alguno de estos enigmas cuando haya algún arabista de buena voluntad que quiera traducirle y comentarle.

Simultáneamente con la poesía de los árabes floreció en nuestra Península otra escuela lírica, de precio incomparablemente superior, y que forma con ella notable contraste. Me refiero á la poesía de los hebreos españoles, escrita por lo común en la lengua santa ó en su dialecto rabínico, y alguna vez, aunque por excepción, en árabe. Al revés de la cultura científica de los judíos españoles, que viene á ser una misma con la de nuestros musulmanes, salvo la ventaja de haberla conservado los israelitas mucho más tiempo y haber iniciado en ella á los cristianos, la cultura filosófica y la cultura literaria desarrolladas en el seno de la sinagoga difieren profundamente de las que en el suelo ingrato del Islam tuvieron transitoria vida. Verdad es que la filosofía de los judíos, lo mismo que la de los árabes, procede casi por partes iguales de Aristóteles y de la escuela de Alejandría; pero como el talento metafísico y la aptitud para las altas especulaciones intelectuales han sido siempre mucho más aventajados entre los judíos que entre las demás agrupaciones de la familia semítica, gracias á su admirable educación ó preparación religiosa, de aquí que su filosofía de la Edad Media, ya se la considere en el profundísimo libro de Ben-Gebirol intitulado *Fuente de la Vida*, donde nos parece escuchar la voz del armonismo plotiniano, ya en la invención de la Cábala, ya en las audaces doctrinas

exegéticas del cordobés Maimónides y en sus esfuerzos para conciliar la Biblia con el Peripato, ya en el tradicionalismo ó filosofía religiosa que Judá Levi desarrolló en el *Kuzari* y Abraham-ben-David en el libro de la *Fe Excelsa*, tiene un sello de grandeza, de profundidad, de idealismo místico, que rara vez nos presenta la filosofía árabe, como nó sea en la novela del *Autodidacto* de Tofail, el mejor poema que conocemos de los musulmanes españoles, aunque escrito en prosa.

Á este carácter de la filosofía hebraico-hispana responde exactamente el de la admirable escuela lírica que, con otros poetas menores, representan los dos excelsos vates, Salomón-ben-Gabirol (de Málaga ó de Zaragoza), llamado comúnmente Avicibrón en las escuelas cristianas, donde se le conoció á título de filósofo, y Judá Levi, de Toledo, apellidado por los árabes *Abul Hassán el Castellano*. No hay dos mayores poetas líricos desde Prudencio hasta Dante. Al revés de la poesía de los árabes, que es comúnmente frívola y cortesana, la poesía de los hebreos españoles es casi siempre grave, solemne y religiosa, como bebida en el manantial de los sagrados libros y en los más altos conceptos de la filosofía. Son muy pocos y bastante oscuros los poetas judíos que, siguiendo las huellas de la escuela árabe, se atrevieron á tratar de asuntos mundanos en la lengua de los profetas. Cítanse, no obstante, y son obras de gran curiosidad, las novelas de Salomón-ben-Zabkel y las del toledano Judá-ben-Salomón-Aljarisi (*Hemán el Ezrahita*), llamado por Graetz *el Ovidio israelita*, comentador é imitador de las *Makamas* ó *Sesiones* de Hariri, serie de relatos tan célebre entre los orientales por sus primores lingüísticos. La empresa de Aljarisi, aunque mirada de reojo por los rabinos más severos, tuvo algunos imitadores, entre ellos Joseph-ben-Sabra, de Barcelona, y Abraham-ben-Hasdai, autor de una novela estética, *El Príncipe y el Nasir*, que ha sido traducida al alemán por Meisel. Es evidente, pues, que hubo en la amena literatura de los

hebreos cierta influencia arábica, si bien más en la forma externa que en el fondo, más en la gramática que en las ideas. El estudio profundo de los accidentes del lenguaje, iniciado conforme á la dirección de los árabes por los dos insignes tratadistas Menahem-ben-Saruk, autor del primer léxico, y Rabí Jonás-ben-Ganaj, de cuyos trabajos gramaticales ha dicho Renán que sólo los más recientes de la filología moderna pueden aventajarlos, contribuyeron poderosamente á la perfección y al primor que en la parte técnica ostentan siempre los cantos de los israelitas españoles, y á la pulcritud y limpieza con que, salvos ciertos arabismos, aramaismos y formas rabínicas, escriben la lengua de David y de Isaías. La historia de esta escuela poética ha sido admirablemente ilustrada en estos últimos años por los grandes trabajos del Dr. Miguel Sachs (*De la poesía religiosa de los judíos en España*); del Dr. Zunz (*De la poesía sinagoga entre los judíos españoles de la Edad Media*); de Abraham Geiger, autor de un libro acerca de Salomón-ben-Gabirol y traductor alemán del *Diván* ó cancionero de Judá Leví; de Salomone de Benedettis, que ha publicado en italiano una traducción mucho más completa del referido *Diván*. Esto sin contar con lo mucho y bueno que dicen los historiadores generales de la raza israelita, especialmente Graetz en su brillante *Geschichte der Juden*. En suma, hay pocas provincias de la historia literaria que hayan sido tan completa y metódicamente exploradas como ésta, y es un dolor que resultados tan importantes no hayan entrado todavía en la general cultura. Los nombres de Gabirol y de Judá Leví, sobre todo, debieran ser hasta populares en España. Gabirol, llamado por Moisés-ben-Ezra *el caballero de la palabra*, murió muy joven. *De edad de 29 años* (dice uno de sus biógrafos) *se extinguió su lámpara*. Pero dejó tras de sí un rastro de luz en la sinagoga. Sus cantos, unas veces sublimes, otras melancólicos, henchidos alternativamente de grandeza y de ternura, se repiten aún en el día de Kipur, y figuran en

todas las liturgias y libros de rezo judaico. La musa que inspiró á Ben-Gabirol, y que él representa bajo la hermosa alegoría de una paloma de alas de oro y de voz melodiosa, no es la poesía áulica, pedantesca y atenta sólo á las delicadezas gramaticales que entre los musulmanes hemos hallado, ni es tampoco aquella taracea de lugares de la Sagrada Escritura, á la cual vino á reducirse, en los poetas de la decadencia, la lírica religiosa de los mismos judíos. La inspiración de Gabirol es muy propia y personal suya; consiste en cierto lirismo melancólico y pesimista, templado por la fe religiosa, con la cual se amalgaman más ó menos estrechamente las ideas de la filosofía griega, en sus últimas evoluciones alejandrinas. Su poema más extenso y más celebrado, poema metafísico y cosmológico, el *Keter Malkut* ó *Corona Real* (que pasa comúnmente por la obra principal de la moderna poesía hebrea), viene á ser una exposición de su filosofía, casi tan precisa y dogmática como el mismo famoso libro que en prosa compuso con el título de *Makor Hayim* (*Fuente de la vida*). El *Keter Malkut* tiene más de 800 versos, participa de lo lírico y de lo didáctico, de himno y de poema περί φόσεως, donde la ciencia del poeta y su arranque místico se dan la mano. Gabirol es un teósofo que interpretando simbólicamente la creación como inmenso jeroglífico que en letras quebradas declara el misterio de su esencia, nos conduce á través de las esferas celestes, hasta que penetra en la décima, en la *esfera del entendimiento*, que es el cercado palacio del Rey, el Tabernáculo del Eterno, la tienda misteriosa de su gloria, labrada con la plata de la verdad, revestida con el oro de la inteligencia y asentada en las columnas de la justicia. Más allá de esa tienda sólo queda el *principio de toda cosa*, ante el cual se humilla el poeta, satisfecho y triunfante por haber encerrado en su mano todas las substancias corpóreas y espirituales que van pasando por su espíritu como por el mar las naves. El autor ha vencido de una manera extraordi-

naría la enorme dificultad de dar vida y movimiento á ideas abstractas.

Muy rara vez cultivaron los judíos la poesía de asuntos históricos. Gabirol nos ofrece una excepción en su elegía á la muerte de Yekutiél. Otras hay en el extenso *Diván* de Judá Levi, el más egregio de los poetas de la Sinagoga. No produjo la estirpe de Israel cantor más grande en su postrer destierro, y de él escribe Enrique Heine que el son del divino beso de amor con que el Señor marcó su alma, vibra todavía difuso en sus canciones, tan bellas, puras, enteras é inmaculadas como el alma del poeta. Poeta amatorio en los primeros versos de su juventud, renovador del sentimiento de la naturaleza en sus composiciones marítimas y de viajes, fué, sobre todo, inspiradísimo poeta religioso, nuevo Jeremías en las *Siónidas*, nuevo Asaph en el soberbio himno que se rotula *Kedusáh de la Hamidáh de la mañana para el día del grande ayuno*. La imperfecta versión que de él he publicado en verso castellano, puede dar alguna idea de la alteza de los pensamientos, ya que no de la magnificencia de estilo de este asombroso poeta, bíblico y sacerdotal en grado sumo. Así se explica que lograrse autoridad casi canónica en las Sinagogas, donde todavía se repite *aquella famosa lamentación que será cantada en todas las tiendas de Israel esparcidas por el mundo, el aniversario de la destrucción de Jerusalén*. No fué encarecimiento poético de Enrique Heine el decir de tal hombre, cuya poesía es el depósito de todas las lágrimas de su raza, que *tuvo el alma más profunda que los abismos de la mar*.

Parece que los judíos, tan conocedores de la poesía árabe, no fueron tampoco extraños, aun en tiempos muy remotos, al conocimiento y aun al cultivo de la poesía castellana. ¿Quién sabe si la famosa Poética de Moisés ben-Ezra, que yace inédita en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, guardará sobre nuestros orígenes literarios inesperadas y preciosísimas revelaciones? Del mismo Judá Levi, contemporáneo de Alfonso VI, sabemos

que había compuesto versos castellanos, los cuales si es que en alguna parte se conservan (como se conservan sus versos árabes), serán sin duda los más antiguos de nuestra lengua. Todo induce á creer en una comunicación más frecuente y directa entre los cristianos y los judíos de España, que la que medió nunca entre los primeros y los árabes. Pero de aquí á admitir influencia positiva de la lírica religiosa de la Sinagoga en poeta cristiano alguno, hay un abismo que nada nos autoriza para llenar. Salomone de Benedettis ha notado extrañas coincidencias entre algunos lugares del poema de Dante y otros de Judá Levi. Fácil sería hacer la misma comparación y descubrir las mismas aparentes semejanzas en Fr. Luis de León y en otros; y ¿cómo no, si la Biblia era fuente común para israelitas y cristianos, y libro sagrado de entrambas religiones, y si por otra parte eran comunes también ó diferían poco las ideas metafísicas y cosmológicas enseñadas por la escolástica y por la astronomía de entonces? Lo que mucho prueba, corre el riesgo de no probar nada. Verdadera huella de influjo hebraico en nuestra poesía no la encontramos hasta el siglo XIV, en que el Rabí Don Sem Tob de Carrión ofreció al rey D. Pedro de Castilla sus *Consejos et Documentos*, curiosísima muestra de poesía gnómica, colección de sentencias que (como ha dicho ingeniosamente Puymaigre) parecen venidas de Bagdad ó de Damasco. Y en efecto, mucho deben á las colecciones de máximas y aforismos de Honain ben-Isaac y otros orientales. Esta filosofía moral rudimentaria, especie de *sabiduría de los pueblos*, es, juntamente con el apólogo y el cuento, el legado más positivo que la cultura semítica haya dejado á la nuestra.

Después de Sem Tob, los poetas de estirpe judaica que cultivaron exclusivamente la lengua vulgar abundan sobre manera. Pero lejos de ser influyentes ni marcar direcciones nuevas, se convirtieron en influídos. Sus obras figuran en los *Cancioneros* mezcladas con las de los trovadores cristianos; en ninguna cosa esencial

se distinguen de las de éstos, ni siquiera en la procadidad y habitual grosería con que muchos de los cristianos nuevos y judaizantes, gente por lo común de baja ralea, como el mismo Juan Alfonso de Baena y el sastre de Córdoba Antón de Montoro *el Roperero*, cultivan la infima sátira y el género llamado *de burlas*. Durante los dos siglos XVI y XVII, los judíos continúan amoldándose al gusto reinante en España y á las sucesivas evoluciones de la poesía y de la lengua, siguiendo unas veces la pura tradición del lirismo italiano y clásico, como vemos en Moseh Pinto Delgado y en Esteban Rodríguez de Castro, y alistándose otras veces bajo las banderas del más tenebroso culteranismo, como lo hicieron Miguel de Silveira, Antonio Enriquez Gómez, Daniel Levi de Barrios y tantos otros. Sólo en las reminiscencias bíblicas y en la afición declarada á los asuntos del Antiguo Testamento suele descubrirse la filiación de estos autores, que, sin ser grandes poetas, dan testimonio del singular poder de adaptación y de la flexibilidad de ingenio y aptitudes, propia y característica de su raza.

El cuadro literario de nuestra Edad Media es tan vario y complejo, que para explicarle totalmente no basta con los elementos latinos, árabes y hebreos, aun limitándonos, como ahora nos limitamos, á la sola poesía lírica. Si de la épica tratásemos, habría que tener muy en cuenta el influjo de la Francia del Norte. En lo lírico, ¿cómo prescindir de aquella lengua de *oc*, que fué en esta parte maestra de todas las vulgares, por haber logrado, antes que otra ninguna, verdadero cultivo artístico, y haber impuesto su técnica y sus metros y sus modelos de versificación y su peculiar artificioso vocabulario, lo mismo á la naciente poesía italiana, que á la galaico-portuguesa, á la catalana, á la castellana y aun á la misma escuela de los *minnesinger* alemanes? La poesía de los provenzales, cuyo valor estético ha podido exagerarse, pero cuyo valor histórico nadie pone en duda, fué como una especie de dis-

ciplina rítmica que transformó las lenguas vulgares y las hizo aptas para la expresión de todos los sentimientos, y desarrolló en ellas la parte musical y el poder de la armonía, creando por primera vez un dialecto poético diverso de la prosa, con todas las ventajas y todos los inconvenientes anejos á tal separación. Fué grande, aunque efímero, el resplandor de aquella poesía: sus intérpretes, ya de noble, ya de humilde cuna (porque el talento poético allanaba todas las distancias y fundaba la más antigua de las aristocracias intelectuales), recorrieron triunfantes y festejados, lo mismo las plazas públicas que los alcázares regios y los castillos señoriales; mezclaron la poesía de la vida con la poesía de los versos, tomando parte activa y militante en todas las contiendas de su tiempo; repartieron á manos llenas la alabanza ó la ignominia sobre leales y traidores, dadivosos y avaros, valientes y cobardes; convirtieron la poesía en una especie de tribuna ó de periodismo de oposición, cuyos ecos resonaban en todas las cortes de Europa; dieron flechas agudas y envenenadas al serventesio satírico; derramaron y expresaron todas las mieles de la galantería y de la lisonja en la cincelada copa de las canciones amatorias, cuyas estrofas tornearon de mil modos, haciéndolas cada vez más ágiles, más bruñidas y acicaladas, y más gratas al oído de las poderosas damas que por vez primera tomaban parte en las fiestas del espíritu; y en suma, desde el yambo vengador é iracundo hasta el sermón moral, desde el canto de cruzada hasta el cuento erótico, desde las serenatas y albas hasta las pastorelas y *vaqueras*, recorrieron toda la gamma lírica y en todo dejaron, si no modelos (rara vez concedidos á una poesía incipiente), á lo menos brillantísimos ensayos, los cuales, aparte del primor y artificio métrico, excesivos si se quiere, contienen preciosas revelaciones sobre el estado moral de aquella extraña sociedad occitánica, que unía la petulancia de la juventud y el candor de la barbarie con el escepticismo y la

depravación reflexiva de la vejez. Hay, sin duda, mucho de monótono, de amanerado, de trivial y fastidioso en la lírica de los trovadores; pero bastarían los nombres de Giraldo de Borneil, de Beltrán de Born, de Pedro Cardenal, de Giraldo Riquier, representantes de muy diversos géneros, para comprender cuánto de sincera inspiración hubo en aquel despertar del estro lírico moderno, en aquella gentil primavera poética, que, precisamente por haberse anticipado á florecer, duró lo que duran las rosas tempranas, de las cuales pudiéramos decir con el poeta:

Cuna y sepulcro en un botón hallaron.

La planta lírica era demasiado tierna para que no la helasen los ásperos cierzos de la Edad Media. Criada en la atmósfera muelle y tibia de Provenza, no pudo resistir á las impetuosas ráfagas del Septentrión, y se la vió arrancada de raíz, y sus hojas fueron en alas del viento á caer en otras comarcas de desarrollo intelectual más tardío, pero á la postre más afortunadas. Todas las escuelas de lírica cortesana anteriores al siglo XVI proceden mediata ó inmediatamente de esta breve y peregrina eflorescencia del Languedoc.

Grande fué el crédito de los trovadores del Mediodía de Francia en todas las cortes y estados de nuestra península. Muchos de ellos la visitaron en persona: muchos más hablaron de ella y de sus príncipes, ya con amor, ya con enojo; ora impetrando y celebrando sus dádivas, ora describiendo y ponderando el esplendor de sus fiestas, ora vindicando amargamente rencores propios ó ajenos con el hierro de la sátira, en aquellos tiempos tan temible. A más nobles hazañas dieron algunos de ellos voz y aliento. La *prezicansa* y el canto de cruzada no siempre tuvieron por tema las lejanas empresas de Ultramar. Por boca de trovadores tan antiguos como Marcabrus y Gevaudán, la musa provenzal se asoció noblemente á los grandes triunfos de Almería y de las Navas, lo mismo que al desastre de

Alarcos. En los breves respiros que la paz otorgaba, esa misma poesía fué luz y deleite y regocijo de nuestras cortes, especialmente de la de Alfonso VIII, que tan al vivo retrata Ramón Vidal de Besalú en una de sus lindas narraciones métricas.

Había, además, toda una región de España en que esta poesía apenas podía considerarse como extranjera. Cualquiera entenderá que me refiero á las comarcas orientales, donde se hablaba y se habla una variedad de la lengua *de oc*, variedad no tan marcadamente diversa entonces como ahora. Cataluña y Provenza estaban por sus orígenes íntimamente enlazadas. Juntas formaron parte del primitivo reino visigodo. Juntas entraron en la unidad del imperio franco. Juntas lograron, bajo los débiles sucesores de Carlo Magno, independencia de hecho y positiva autonomía. La corrupción de la lengua latina se verificó en ambas cumpliendo las mismas leyes. Los enlaces matrimoniales, los pactos y alianzas contribuyeron á estrechar más las relaciones entre ambos pueblos; y bien puede decirse que los dos formaron uno solo, desde el casamiento de Ramón Berenguer III con la condesa doña Dulcia, hasta los tiempos de D. Jaime el Conquistador, en que la incipiente nacionalidad catalano-meridional que *Dios no bendijo*, según la enérgica expresión de Milá, quedó definitivamente rota, abriendo paso á la gloriosa nacionalidad catalano-aragonesa, detenida hasta entonces en su progreso por la atención preferente que sus monarcas concedían á las cuestiones de sus vasallos del otro lado del Pirineo. Entonces también la lengua catalana, rompiendo las ligaduras en que por tanto tiempo la había tenido sujeta la imitación provenzal, aparece como lengua adulta y distinta, y se prepara á dar la ley á las tierras y á los mares, no con frívolos cantos de amor, sino con la voz potente de sus legisladores, de sus cronistas y de sus filósofos.

Pero antes de este momento solemnisimo, en que la

lengua y la cultura catalanas se emancipan por medio de la prosa, la literatura catalana es una misma con la de Provenza, y en provenzal escriben gran número de poetas catalanes, cuyos versos recogió é ilustró con el más alto y seguro discernimiento crítico y la más profunda erudición nuestro venerado maestro el Dr. Milá y Fontanals en su obra *De los Trovadores en España*, que es ya clásica en esta materia. El más antiguo de los trovadores españoles que el Sr. Milá nos da á conocer, es el rey de Aragón Alfonso II, autor de una elegante canción de amores. Siguele casi inmediatamente la extraña y brutal personalidad poética de Guillén de Bergadam, cuyas composiciones, bastante numerosas, son «tan sanguinarias como las de Beltrán de Born, tan cínicas como las de Guillermo de Poitiers». En las ediciones de Keller y de Mahn pueden verse completos algunos trozos que por fundadísimo escrupulo moral hubo de suprimir el Sr. Milá. Es difícil formarse idea de las insolencias y desafueros que el tal Bergadam se permite contra sus enemigos, y de los escandalosos alardes de lujuria que por donde quiera manchan sus poesías. Este singular poeta era un bandido, aunque de noble estirpe, jefe de una horda de malhechores, y parece haberse manchado con todo género de actos de crueldad y de felonía, no respetando en su cínico desbordamiento ni á las personas de su propia familia. En medio de tanta ferocidad y de tanta barbarie, muestran de vez en cuando sus versos rasgos verdaderamente poéticos, y sobre todo, rara energía de expresión y un arte consumado de versificador. Ofrecen, además, especial interés, por ser quizá Guillén de Bergadam entre todos los trovadores nacidos en España el que mezcla con el provenzal mayor número de formas catalanas, y da á sus versos un tono más suelto y popular, sin duda para que la gente aprendiese de memoria con más facilidad las bárbaras invectivas que cada día lanzaba contra su suegro ó contra el obispo de Urgel. Notable es también por otro concepto su ele-

gia á la muerte de Hugo de Mataplana, donde la imaginación sensual y materialista del poeta llega á soñar un paraíso algo semejante al de los musulmanes. Este mismo Mataplana, ú otro de su apellido, figura con honra en el catálogo de los trovadores catalanes.

Más apacible fisonomía que Guillén de Bergadam, y no menos interesante materia de estudio, presentan Ramón Vidal de Besalú y Serverí de Gerona; tiene especial importancia el primero como teórico y gramático, autor de una especie de poética (*Dreita manera de trobar*) que hizo fuerza de código, por lo mismo que el autor, nacido en Cataluña y no en los países del Mediodía de Francia, donde con más perfección se usaba la lengua de *oc*, hizo alarde, para disimular su condición de forastero, de llevar á sus últimos límites el purismo. Como poeta brilló especialmente en el cuento ó novela galante, siendo la más notable de las suyas *El celoso castigado*. En tales obras tuvo ocasión de hacer gala de los muchos conocimientos que poseía en materia de casuística amorosa y de buen tono cortesano, y se mostró narrador ameno, aunque algo afectado, palabrero y desleído.

Serverí de Gerona, perteneciente ya al siglo XIII, y uno de los últimos en fecha entre los trovadores catalano-provenzales, representa dentro de esta escuela la tendencia satírico-moral, acompañada de cierta flojedad prosaica. Sus obras son numerosas: además de las que coleccionó el Sr. Milá, han aparecido recientemente otras de mucha extensión en un cancionero que parece haber pertenecido al palacio de los Condes de Urgel.

Los reyes, los príncipes, los más altos personajes hacían gala, no ya de favorecer, sino de cultivar por sí mismos la poesía provenzal. Además de Alfonso II ya citado, figuran en la lista de los trovadores españoles el gran rey D. Pedro III, autor de un belicoso y arrogante canto de guerra, ó más bien cartel de desafío contra los franceses que invadieron sus estados: su hijo el rey de Sicilia D. Fadrique, Pons Hugo, conde

de Ampurias y otros muchos. El Rosellón, comarca catalana entonces, produjo también algunos trovadores, entre los cuales Guillem de Cabestany es célebre, aun más que por la dulzura de sus versos, por la trágica leyenda de sus amores y de su muerte.

Cuando la cruzada de Simón de Montfort dispersó á los trovadores provenzales, que en su mayor número habían abrazado fervorosamente, si no la causa de los Albigenses, á lo menos la causa del Mediodía de Francia contra el Norte, las cortes españolas, no ya sólo la de Aragón, sino la de Castilla y la de Portugal, los acogieron y honraron á porfía. Es el punto culminante de la influencia provenzal en nuestro suelo. Contra lo que pudiera creerse, esta influencia comenzó á ser menos enérgica en Cataluña á medida que más hondamente penetraba en los demás romances peninsulares. Duró, sin embargo, en los poetas del siglo XIV, si bien éstos propendieron cada vez más al empleo de formas del *pla catalanesch*, análogas á las de la prosa. Con eso y todo, basta comparar los versos de Ramón Lull con la prosa de sus novelas y de sus tratados filosóficos, ó la prosa admirable de la Crónica de Muntaner con los medianos versos de su *Sermó*, para comprender que la lengua de la poesía conservaba siempre algo de más artificioso y de más provenzalizado.

Así continuaron las cosas, hasta que á fines de ese mismo siglo XIV una reacción culterana y pedantesca intentó resucitar en Tolosa las tradiciones de la difunta poesía provenzal, naciendo de aquí el Consistorio del *Gay Saber*, y todo aquel aparato retórico que en el libro de las *Leys d' amor* puede estudiarse. Tales prácticas y preceptos pasaron inmediatamente á Cataluña durante el reinado de D. Juan I, *el amador de toda gentileza*, y fueron causa *ocasional*, no *eficiente*, de la creación de una nueva escuela poética, ya enteramente catalana por la lengua, y casi en todo olvidada de la primitiva y genuina tradición trovadoresca, de la cual, sin embargo, aunque de un modo remoto y generalisi-

mo, no dejaba de derivarse. El desarrollo y las vicisitudes de esta escuela, cuyos modelos fueron principalmente italianos, y en algún raro caso franceses y con más frecuencia clásicos, llena todo el siglo XV, y aun tiene, especialmente en Valencia, alguna prolongación dentro del XVI. Oportunamente procuraremos aquilatar el valor de esta escuela, considerada en sus relaciones con la poesía castellana. Por ahora baste dejar consignado que fueron ya muy raras en ella las reminiscencias provenzales, sin que apenas se registren otras que los conceptos que del Monje de Montaudón tomó Mosen Jordi para su *Enuig*, la paráfrasis en prosa del *Castell d' amor*, las alusiones literarias de Ferrer, de Rocaberti y de Torroella. Todo nos lleva á creer que de los provenzales se leían más los tratados y las artes métricas que los versos. Las miradas de los catalanes del siglo XV estaban ya vueltas hacia Italia, y se fijaban con especial amor en Dante, Petrarca y Boccacio.

En la literatura castellana, la influencia provenzal fué al principio muy exigua, y por de contado no trascendió ni á la poesía épica, ni á la prosa, únicos géneros que en nuestra Edad Media tienen originalidad, nervio y carácter propio. Trascendió á las primeras muestras de la lírica, hasta el punto de ser obra de un trovador provenzal (Rambaldo de Vaqueiras) los versos quizá más antiguos (aunque á la verdad menos castellanos que gallegos) que de este género se citan en nuestra lengua, y deben de estar muy maltratados por los copistas:

Mas tan temo vostro pleito,
 Todo 'n soy escarmentado,
 De vos ai pena e mal feyto,
 E meu corpo lazerado
 De nueyt quand sou en meu leito, etc.

El resultado más positivo y duradero de la influencia provenzal en España, fué la creación de una nueva

escuela de trovadores en la parte central y occidental de nuestra Península. Esta escuela, cualquiera que fuese la comarca natal de sus autores, no empleaba como instrumento la lengua castellana, sino otra tenida entonces por de superiores condiciones musicales, y preferida por esto para todas aquellas poesías sagradas ó profanas que se destinaban al canto. Esta lengua se amoldó de tal suerte á la imitación de los provenzales, que adoptó gran parte de su vocabulario, y por de contado toda su variedad y riqueza métrica, confesando y reconociendo siempre su origen:

Quer eu en maneyra de proençal
Trobar agora un cantar d' amor,

decía el Rey Don Diniz, uno de los poetas más sobresalientes de esta escuela. Pero juntamente con la tradición artística y cortesana de los provenzales, que estaba ya agotada, y que por sí sola hubiera sido infecunda para dar vida á un nuevo sistema poético, penetró en esta escuela galaico-portuguesa (ha llegado ya el caso de nombrarla) todo el riquísimo caudal de la tradición hagiográfica y de las leyendas piadosas, á las cuales ya había dado anteriormente forma la musa francesa y castellana de los Gautier de Coincy y los Berceos, pero que por primera vez en las *Cantigas* del sabio Rey Alfonso X presentaron realizada la fusión de lo narrativo y de lo lírico. Y entró también en la riquísima corriente de la escuela trovadoresca de Galicia y de Portugal, constituyendo lo más íntimo, lo más poético y lo más duradero de ella, la tradición de un cierto lirismo popular y melancólico, que procedía sin duda de orígenes muy remotos, ora se le quiera explicar, como algunos hacen, por una antiquísima poesía lírica común á todos los pueblos del Mediodía, ora, como otros quieren, se le haga derivar de obscuras reminiscencias célticas. Lo cierto es que hay en los grandes cancioneros galaico portugueses, cuyo descu-

brimiento y estudio ha sido uno de los más gloriosos triunfos de la erudición moderna, algo y aun mucho que no es provenzal, ni cortesano, sino popular é indígena; algo que no nos interesa meramente como arqueológico, sino que como verdadera poesía nos conmueve y llega al alma. Tal sucede, por ejemplo, con las que pudiéramos titular *barcarolas*, con los que pudiéramos apellidar cantos de *romería*, con las llamadas *Canciones de amigo*, y con otras delicadas y suavísimas inspiraciones, primera manifestación genuina del lirismo peninsular; las cuales son á modo de islas encantadas, que en medio de la aridez habitual de los *Cancioneros* nos brindan de vez en cuando con el misterio de su sombra y con el frescor de sus aguas.

Depósito de toda esta poesía son los grandes *Cancioneros* ya citados, las *Cantigas de Santa María*, el *Cancionero* llamado del *Colegio de Nobles de Lisboa* (hoy de la Biblioteca de Ajuda), y sobre todo los dos incomparables tesoros conservados en las bibliotecas de Roma, el *Cancionero del Vaticano* y el otro *Cancionero* llamado por los nombres de sus poseedores antiguo y moderno *Colocci-Brancuti*.

Cómo vino esta poesía, gallega por la lengua, pero cultivada simultáneamente por castellanos, leoneses, gallegos y portugueses, y aun por andaluces y extremeños, á transformarse en otra nueva escuela de trovadores, que desde fines del siglo XIV hasta principios del XVI sustituyó el predominio del gallego por el predominio del castellano, y siguiendo la misma evolución que hemos observado en Cataluña, fué apartándose día tras día de la imitación de los provenzales hasta olvidarlos completamente, aproximándose, por el contrario, cada vez más á los modelos de la Italia del Renacimiento, será tarea reservada para el prólogo del volumen siguiente. La extensión desmesurada que ha ido adquiriendo el presente, por tratarse en él cuestiones de orígenes, difíciles siempre de reducir á compen-

dio, si han de ser bien entendidas, nos obliga también, faltando á nuestro propósito, á diferir para entonces lo que tenemos que decir acerca de las primitivas manifestaciones de la lírica castellana contenidas en este primer tomo de nuestra colección.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	v
LÍRICOS CASTELLANOS.	
ANÓNIMO (siglo XIII).....	1
<i>(Descubierto y publicado por A. Morel-Fatio en la Romania).</i>	
GONZALO DE BERCEO (siglo XIII).—Introducción á los milagros de Nuestra Señora.....	7
<i>(Colección de poetas castellanos anteriores al siglo XV, por D. Antonio Sánchez, tomo II, 1780.)</i>	
Fragmentos del duelo de la Virgen.....	12
<i>(Idem.)</i>	
Cantiga.....	17
<i>(Idem.)</i>	